



JUICIOS CORTOS

ESPAÑA

LA ESPUMA (1)

CUANDO un autor con justicia conocido y apreciado del público, produce una obra á todas luces inferior y deficiente, es deber de cortesía, hasta de equidad, indicarlo con miramientos y sin airada insistencia, procurando hacerse

(1) *La espuma*. Novela de costumbres contemporáneas, por Armando Palacio Valdés.—Dos tomos.—Barcelona, 1890.

entender con pocas palabras, y practicando aquel discreto consejo:

«Glissez, mortels; n'appuyez pas.»

Procediendo así, anticipamos en cierto modo el fallo sereno de la venidera historia literaria, donde, precipitado ya al fondo del vaso el sedimento de las discusiones parciales, se considera al escritor en el conjunto de sus cualidades y méritos, se elige lo más saliente de su producción, lo que más le caracteriza, y se fija y aquilata su valor y dinamismo, haciendo caso omiso de la labor de *segunda* en los escritores de *primera*, y de la de *tercera* en los escritores de *segunda*. Escribió el abate Prevost innumerables tomos, una biblioteca, y sólo por *Manon Lescaut* le conoce la posteridad. Si no se le ocurre *Manon*, no habría bilis ni tiempo más perdido que el que empleasen los críticos de entonces en *écreinter* sus libros restantes.

Por otra parte, el *écreintement*, ó dígase la desolladura, paliza, recorrido ó vituperación, es un género demostrativo que

probablemente no cultivaré nunca, porque, supuesto que me inclinase á cosechar laureles amargos, no me da el naipe para ello. En cuanto *juicio acerca de una obra*, el *éreinement* puede estar en mi conciencia, no salir al exterior. He oído decir á algunas personas, tratando del famoso satírico Antonio de Valbuena, que es cosa facilísima ponerlo todo en solfa. A mí me parece, por el contrario, difícilísima. Cualquiera señala faltas en cualquier obra; de ahí á hacerlo de modo que el público asienta, ría y tome para sí, va distancia inconmensurable. Poner en solfa con sosería, ¿dónde hay más claro indicio de impotencia?

Sin ponerla en solfa, censurando con templada sonrisa las notas chillonas y destempladas que contiene su pintura de la vida elegante, otros han espumado ya *La espuma*, particularmente el Sr. Alfonso, que dedicó en *La Epoca* un largo y curioso artículo á impugnar pormenores como el de las zapatillas de terciopelo con cifras bordadas de oro que un gomo-

so madrileño,—inspirándose sin duda en el ejemplo del boticario de Vilamorta ó de Cebre,—calza para esperar, á domicilio, á la dama de sus pensamientos (y de sus palabras y obras también). Tengo, pues, ahorrada la mitad del trabajo con sumar mi voto á los ajenos, y decir que ya me parecía que la parte de vida *chic* de *La espuma* revelaba en el autor desconocimiento casi absoluto de los *medios* en que se mueven sus personajes. Es cierto que estos personajes, en su mayoría, no pertenecen á la aristocracia de la sangre, sino á la financiera ó plutocracia; mas ni aun así hay en su tono y maneras cosa que no disuene, desentone y extrañe en grado sumo.

Como ni es factible ni correcto seguirle á nadie los pasos, no he de meterme á averiguar si el Sr. Palacio Valdés frecuentó ó no frecuentó la sociedad que describe. Tampoco entiendo que ésta forme un núcleo aparte. En Madrid no hay *clanes* exclusivistas, como el del barrio de San Germán de París; nuestra aristocracia

de sangre (con raras excepciones) no vive aislada de la del dinero, el talento y la política; y del contacto tiene que resultar cierta armonía de tonalidad impuesta por la de sangre en lo que á modales y exterioridades del trato se refiera. Yo he encontrado más ocasiones de ver de cerca á la aristocracia *azul* que á la *dorada* ó *color de billete de Banco*; no obstante, con lo poco que conozco, tengo bastante para advertir la desafinación. Y desafinación pudiera existir, aun cuando el novelista hubiese sido muchos años asiduo comensal de los Baüer y los Murgas. Si bastase situarse perfectamente para observar bien, sería esto de la novela una delicia: coser y cantar. El penetrar en los medios sociales antes de retratarlos; el empaparse del aire que intentamos insuflar, en artística forma, á los lectores, constituirá un deber de probidad profesional, no una garantía de éxito.

Tal vez (descartando ciertos errores formales, de los que, por su mismo tamaño, son inofensivos; verbigracia, decir que

una dama elegante saca á la calle vestido de tul ó granadina en el rigor del invierno), la pintura de las gentes ricas y de alta posición en *La espuma* nos parezca, en general, más rabiosa de color, por destacarse sobre el fondo desmayado y ceniciento del estilo propio de Palacio Valdés. Aquí la censura no va contra el observador, sino contra el artista, que todo novelista está obligado á ser. Una cosa es la sencillez y naturalidad, otra y cuán distinta, cuán opuesta debiera decirse! el desaliño, la monotonía, la indigencia. A estos tres defectos propendió siempre Armando Palacio, no supongo que por falta de recursos, sino por un amaneramiento peculiar, que consiste en huir de galas y primores con esmero eficacísimo: en *La espuma*, el procedimiento ha llegado á extremarse de tal suerte, que algunas páginas del libro, administradas en píldoras, serían activísimo veneno para matar á Flaubert, Gautier, Pablo de San Víctor, Rivadeneira, Valera, en suma, á todos los estilistas y hablistas que en el mundo han

sido: tanto pululan en las consabidas páginas asonancias, consonancias, cacofonías, repeticiones innecesarias y construcciones viciosas. En solo un párrafo de la pág. 12 del primer tomo, por culpa del autor, nos quedamos dudando si un portero hace profunda reverencia á su propia gorra ó á la dama que entra en el portal, y si un criado aguarda *al pie* de la librea que viste ó de la puerta por donde va á cruzar la dama.

No apoyemos: basta con lo dicho, y aun tal vez sóbre, si el Sr. Palacio no ha de tomarlo por lo que realmente es: por buen deseo de que ponga la pluma más delicadamente, ya que la empresa no es superior á sus fuerzas y aptitudes. Ese descuido, esa vaguedad y rutina en las descripciones, apelando á frases deterioradas por el uso (por ejemplo, escribir de una pulsera que es *caprichosa y elegante*, como podría expresarse el dependiente de Marzo *faisant l'article*), no son ni realismo ni *verismo*, sino flojera. ¿Voluntaria? ¡Ah! Yo creo que sí; ¿he de crear otra cosa?

Lo peor que tiene el vestir con tan mala tijera los libros, es que atendiendo á las faltas del corte y costura, casi no queda lugar para reparar en el paño, ó sea el fondo, trama, intención y estudio de los caracteres. El paño de *La espuma* es superior al cosido y corte. Los caracteres, no en lo externo, sino en su esencia íntima, están mejor entendidos que el estilo y las costumbres; particularmente merece elogios el de Salabert, bien presentado y sostenido. No puede decirse otro tanto del de Clementina, la protagonista. Una mujer en quien el autor se propone personificar el orgullo y altivez de la dama del gran mundo (ya que no de ilustre raza), no tiene el feo vicio de andar con la cartera repleta de billetes para ofrecerla á sus amantes, ni se deja comprar por dinero ó por cosa que lo valga. Si es tan altanera, y además reúne hermosura, posición, edad de ser amada todavía, no se concibe que, sistemáticamente, *sostenga* alquilones, como una sesentona desesperada. No niego que exista el tipo de la so-

bornadora, pero no conviene á la lógica de la novela darlo por encarnación del orgullo.

Acaso la figura de Clementina descien- da más, por las reminiscencias que quiere tener de aquella admirable Augusta de *La Incógnita y Realidad*. También Au- gusta ofrece dinero: ¿pero cómo, cuándo, de qué modo, con qué arte!

En cuanto á Raimundo, es un fanto- che de sabio, inocentón, sin condiciones morales ni intelectuales, que acaba por parecer (y no se lo proponía el autor, ni mucho menos) inferior á los mismos so- cios del *Club de los Salvajes*. En cambio hay fidelidad en el episodio (atrevido, pero acertado) del yerno y la suegra, y en la bajada á la mina, la página mejor y más pensada del libro. Lo repito: el paño luciría, si la hechura no lo estropease. Que el señor Palacio Valdés tome bien las medidas, corte según las reglas, cosa menudo y firme, y entonces le aplaudire- mos los aprendices de sastre, que todavía no nos hemos atrevido á hacer un frac, ó sea á escribir novela de salón.



AMÉRICA

—

UN CRÍTICO NEOCLÁSICO (1)

ME era simpático D. Calixto Oyuela desde que vi figurar su nombre en la mermada lista de suscritores á la edición monumental de las obras de Lope de Vega, emprendida por la Academia Espa- ñola. He leído, pues, con sumo gusto sus *Estudios literarios*, encontrándoles me- jor sabor por ser de las frutas más sazona- das que de América se reciben. Oyuela, no estudiado en ninguno de los dos tomos

(1) *Estudios literarios*, por Calixto Oyuela.—Un tomo.—Buenos Aires, 1889.

de las *Cartas americanas* de Valera, posee personalidad: tiene su ideal y su camino; no se parece á los críticos saltones que hoy ofician de puristas y mañana de insurgentes. Oyuela es un clásico, mejor dicho, un neo clásico, á lo Andrés Chénier y á lo Carducci; más griego y pagano que académico. Y, *ce qui ne gête rien*, como dicen nuestros vecinos, atesora una cultura rica, sólida, seria, de lecturas mascadas y digeridas. Bienvenido el Sr Oyuela, á quien deseo los mayores triunfos.

Su profesión de fe, hecha con claridad y dulce entusiasmo, su preferencia por la poesía como línea y relieve, no como elemento musical, la confirman todos sus trabajos, y especialmente la primorosa *Carta al notable poeta Rafael Obligado*, que encabeza el tomo. A consecuencia de este modo de ver, Oyuela ensalza la obra poética de Menéndez y Pelayo, y también, hasta las nubes, la del malogrado Cabanyes, «nombre no profanado todavía por alabanzas vulgares.» No profanado, vaya en gracia; y una vez que

recibo con tanto agasajo al Sr. Oyuela, permítame que rompamos una lanza, y que el pretexto sea Cabanyes.

La verdad por delante: no he leído á este poeta, aunque siempre propuse leerle, y procuraré remediar mi ignorancia, pues no quisiera contarme entre los que censuran los libros sin mirarlos ni por el forro. Hoy mis observaciones referentes á Cabanyes se fundan en los mismos trozos citados por el señor Oyuela como dechado de hermosura; y fiando en el buen gusto del Sr. Oyuela, creo que habrá elegido la nata.

¡Ah, Sr. Oyuela! Conformes en lo de odiar *l'usata poesia*, la que, yerta bajo la consuetudinaria caricia, se extiende y duerme con letárgico sueño; pero ¡tate! entendámonos y averiguemos dónde reside esa poesía sobada. La *usata poesia* (en España por lo menos) son los versos de álbum y de *Ilustración*, los ripios efectistas de la dramaturgia, los amaneramientos en que á veces caen nuestros vates más gloriosos, con Zorrilla á la cabe-

za; y sin embargo, en el mismo Zorrilla y en los restantes astros mayores—señaladamente en Campoamor—hay muchísimo que no tiene nada de usado, que no ha fregado nunca los suelos del Parnaso, que no duerme, que palpita y vive. Marcelino Menéndez y Pelayo, cuya tentativa poética estimo en su valor, y Valera, en quien respeto todo, hasta las poesías, no llegarán por los renglones desiguales adonde llegaron ya por no menos gloriosos caminos.

Naciese tarde ó temprano, Cabanyes, según los fragmentos exhibidos por Oyuela, merece bien la penumbra, de la cual no le sacarán ni los encomios de Milá, ni la devoción de Menéndez y Pelayo, ni el justificable interés con que su agradecida patria, tan celosa del honor de sus hijos, quiso recientemente aureolar su memoria.

¿Por qué? Porque el helenismo puro y artístico y hondo de Leopardi y de Carducci (sobre todo de Leopardi), es en Cabanyes afectación, afectación de fondo

y de forma. Acaso sus versos fuesen sinceros, y expresasen un verdadero *estado de alma*, pero no supo demostrarlo. Ved ese empalagoso abuso del sustantivo escoltado por un adjetivo, y á veces dos: *casta ruborosa virgen, placer muelle, ritmo cadencioso, funesta ponzoña* (¿cuál ponzoña no lo será?) Y si nos fijamos en el fondo, ¡qué vulgaridad esa de protestar que las galas de su musa no se venden ni se trafican! ¿Quién anda por ahí sobornando ó cohechando poetas? Ya entiendo; querrá decir Cabanyes que no escribiría de otro modo, aunque el hacerlo le valiese el éxito y el aplauso de las multitudes. Protesta ociosa, porque si Cabanyes pudiese dar de sí versos más sentidos, más activos, más penetrados de unción humana, los daría: ¡quién duda que los daría!

Y ¡qué gongorismo en la elección de vocablos poéticos! *Sangrisalpicados, invindicada, Anglia, rábidos, sitibundos...* Algunas estrofas de Cabanyes que cita el Sr. Oyuela, me recuerdan involuntariamente cierta oda premiada por una

corporación doctísima, años hace, y donde figuraban versos como éste:

«El tartáreo querub horrendo brama...»

ó como este otro:

«Denantes que del sol la crencha rubia...»

Crea el Sr. Oyuela que si combato su devoción por Cabanyes, es porque da pena ese *embullo* en un escritor tan digno de desceñirse el *peplum* de guardarropía, cuyos pliegues confunde á veces con la vestidura majestuosa de la Minerva pagana. No hace falta ser crítico roedor para extrañar versos de este jaez:

«Que encienden solo cuantas de infierno hijas
rabiosas pasiones»

y rasgos de detestablegusto comoaquél de

«Cubierto en veste fúlgido-cándida...»

etcétera.

En plata: sospecho que si Cabanyes murió olvidado porque no le leyó nadie, hoy ha sido posible el desagravio ó apo-

teosis poética que se le tributó en Cataluña... porque nadie le lee tampoco.

Esto no obstante, yo le leeré de cabo á rabo, para rectificar si procede, pues me hace mucho peso el dictamen del señor Oyuela. Y sin rectificación, digo que el autor de los *Estudios literarios* merece contarse entre *nuestros* buenos críticos, y que ojalá emprendiese una obra de empeño sobre la poesía y las letras españolas.





FRANCIA

HISPANOFILIA (1)

ALFREDO Morel Fatio, doctor en *españolidades*, pertenece á una familia originaria de la Suiza francesa, y establecida en Francia hacia el primer tercio de este siglo. Alfredo nació en Estrasburgo, y se enamoró de la literatura española, como Heine, por una lectura del *Quijote*. Amor no platónico, sino activísimo, puesto que habiéndose empapado en las literaturas romances, desde su salida de la *École des*

(1) *Études sur l'Espagne*, por Alfredo Morel Fatio. Dos tomos.—París, 1888 y 1890.

Chartes comenzó á publicar sobre España trabajos eruditos: el *Catálogo de los manuscritos españoles* en la Biblioteca Nacional parisiense; *España en los siglos XVI y XVII*; la edición crítica de *El Mágico prodigioso*, de Calderón; una nueva traducción del *Lazarillo*... aparte de numerosos artículos y monografías. Hoy su publicación más reciente es la que motiva estos renglones; además prepara una nueva edición del *Poema de Alexandre*, y una *Historia de la sociedad española en los siglos XVI y XVII*, que será su obra capital... *Exegi monumentum*.

¿Verdad que son títulos para que conozcamos á Morel? Pues ni por esas. El público español no está familiarizado con el nombre del laborioso y doctísimo hispanófilo. ¿Qué digo el público? La Academia no le cuenta aún entre sus muchos socios correspondientes.

Hallándome en París el verano de 1889, con motivo de la Exposición Universal, entre mi correo recibí y abrí un billete, que leí creyéndolo procedente de Galicia, por-

que en dialecto gallego venía redactado. Hasta la firma no me convencí de que Morel Fatio era quien [con tanta soltura manejaba el habla de mi tierra, que no ha pisado jamás. Sospecho que igual me habría escrito en catalán, y sabe Dios si en vascuence. Los franceses se pasan de ligeros al hablar de España; pero Morel Fatio rescata las culpas de todos sus compatriotas. No sólo las rescata, sino que las confiesa, conoce y analiza.

De sus interesantes *Études sur l'Espagne*, lo que más se destaca y lo único de que trataré ahora, es una picante monografía, titulada «Comment la France a connu et compris l'Espagne, depuis le moyen âge jusqu'à nos jours.» Recoge en ella las primeras quejas de los viajeros franceses renegando de las ventas españolas, desde la época en que los peregrinos franceses, yendo á Santiago de Compostela, se quejaban de que les servían guiso de gato por liebre.

En un viajero del siglo XV, Gaguin, nos muestra el precursor de los Alejandro

Dumas y Gautier, el primer francés que echó pestes contra la cocina española. En la caricatura y el satírico libelo del siglo XVII, descubre, siempre creciente, la mofa, la antipatía del francés contra el español, cuyo astro político y militar ya iba eclipsándose. Mientras nuestras modas y nuestras costumbres ponen todavía la ley en la sociedad francesa, nuestra decadencia se acentúa, nos pierden el miedo nuestros vecinos, y se aprestan á beneficiar nuestros males. Nos deshacemos, pero somos lo elegante aún. Enséñanos Morel Fatio que en las minutas de comida de Luis XV figuraban el salpicón y las albondiguillas; que en la corte se bailaba la zarabanda y el pasacalle, y que el chocolate principiaba á estar muy en boga. Todo ello sin perjuicio de los manejos diplomáticos que nos relegaban lentamente al puesto secundario de que no hemos podido salir.

Llega también, y con brío, la época de la imitación de nuestra novela y nuestro teatro: primero el Cid, y ya en el si-

glo XVIII Gil Blas, señalan nuestra huella indeleble en las letras francesas. La curiosidad por España se despierta, doble curiosidad erudita y observadora: Chapelain y Lancelot estudian nuestras letras; los diplomáticos, funcionarios y ministros que nos visitan, se creen obligados á narrar sus impresiones, y el *Viaje por España* forma un género literario especial. Con sumo acierto opina Morel Fatio que importa mucho, al que quiera conocer la literatura española del siglo XVII, de tan pronunciado gusto nacional, y comprender la nación en que esta literatura se producía, leer detenidamente esas relaciones de viajeros, fieles, ya que no en todos sus detalles, al menos en su conjunto. Recuerdo que en la Biblioteca Nacional de París esos libros me producían singular efecto. Parecíame ver á España en un espejo, más de bulto que en la realidad misma, á pesar de ciertas manchas del azogue y ciertas alteraciones del colorido.

Con igual sagacidad observa Morel que, desde el siglo XVIII, se dividen en Fran-

cia los españolizantes en dos corrientes ó escuelas: la de los literatos propiamente dichos, gente imaginativa, para quienes España es la Meca del color local, y la de los pensadores y filósofos, que encabeza Saint-Simon por su famosa diatriba contra la Inquisición española, y que nos consideran el pueblo del fanatismo, la ignorancia y la barbarie. Estas dos escuelas aún subsisten; todavía pueden referirse á una de las dos la mayor parte de los escritos (y no lo digo por los de Morel Fatio) que acerca de nosotros ven la luz en Francia. Los juicios de los enciclopedistas sobre esta nación, donde sus doctrinas encontraron terreno tan fértil, dice bien Morel que aún flotan hoy como una obsesión en el espíritu galo: todavía, al nombre de español, nuestros vecinos se figuran un hombre que rasca una guitarra, bajo una reja, á los rayos del sol meridional. El párrafo de las Cartas persas continúa fijo sobre nosotros, cual sello imborrable; así como la célebre frase de M. Masson, tan olvidada en Francia, zumba en nuestros oídos

perpetuamente. Morel nos lleva de la mano á seguir la transformación del color local ibérico, en las imaginaciones francesas: jocoso y humorístico con Beaumarchais, sombrío y trágico con Merimée, después de la guerra de la Independencia, que probó á nuestros vecinos que aquí no se manejaban guitarras solamente.

¡Con qué donaire—el donaire velado y discreto del erudito, medio sonriente al señalar el cómico error—indica Morel el *lapsus* de uno de nuestros más doctos académicos de la Historia, asegurando en plena recepción académica que Víctor Hugo nació en Madrid, y las fantasías del mismo Víctor Hugo, que, presunto abanderado de España en las letras francesas, no sabía ni jota de nuestra habla, falsificaba el color local y nos embaucaba con la espléndida engañifa ó camelo de Hernanil (Léase en el mismo tomo de Morel la anatomía de *L'histoire dans Ruy Blas*, estudio lleno donosas revelaciones.) Desde Hugo, el torrente se desata; nuestros vecinos contrahacen á España cada día más;

y es lo peor que, en vez de la España fantasmagórica, gótica y truculenta, pero al mismo tiempo grandiosa, de Víctor Hugo, surge la España lacrimosa y sentimental—la cuerda que falta en nuestro carácter y en nuestra tradición, con razón lo afirma Morel.—Y sigue la lista de *quid pro quos* y gazapos: Musset unciendo juntos á Merimée y Calderón de la Barca, presentando una andaluza de Barcelona y un *Don Paez*, Dumas con el puñal en la liga y el bote de veneno, accesorios indispensables de toda dama española; llamando á sus personajes *Don Mortés* y *Don Henriquez...*, Morel se desdeña de recoger las enormidades de los *dii minores*. ¡La cosecha que encontraría sólo en el autor impertérrito de *Sac au dos à travers l'Espagne*, aquel cuyas heroínas se confiesan con el padre *Frapardo*, saludan dando los *buonos dias*, veneran al *ídolo* de San Ignacio de Loyola, esperan á su *querido cortejo*, se persignan al cantar el *serano Ave Maria Sanctissima*, dicen ¡*Chuto!* ¡*Chuto!* cuando quieren decir ¡*Silencio!*, increpan á los franceses

llamándoles *danados* y *pugnatros* y enviándolos al *demono*, cantan *peterenas*, aplauden á los *capadors* cuando trastean bien al toro, y á *Jerez Frascuela* si lo pincha como Dios manda, y por último (que alguna vez ha de concluir este rosario de desatinos), poseen tan diabólico encanto, que el arzobispo de Toledo dice misa arrodillado ante ellas!

Seamos justos. Cuando leemos disparatorios de este jaez, nos indignamos, y rechispeamos contra los franceses; y en cambio, cuando un sabio como Morel, en aménísima forma, luciendo ese encanto de la erudición francesa, que sólo brinda las rosas y cuida de apartar las espinas, habla de nuestros asuntos de un modo tan magistral, arrojando luz sobre puntos dudosos de nuestra historia literaria, ó enseña á nuestros académicos de la Historia á no confundir á maese Fernando de Córdoba con Fernando del Pulgar, y á no hacer á Víctor Hugo madrileño, nos mostramos menos agradecidos que en el caso contrario enojados.

Midamos la gratitud por el beneficio, y sepamos estimar á quien nos estima. Prepáremos así, ensalzando á los reveladores de nuestro pasado, al Vogué que *descubra* nuestras letras actuales, más traducidas ¡ay! que apreciadas allende el Pirineo.





NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Oda á Cervantes, por Eugenio Sánchez de Fuentes. Habana, 1886.

Yo no me indigno ni pongo el grito en el cielo cuando tropiezo con poesías insignificantes: el caso es tan frecuente, que creo no debe gastarse saliva en deplorarlo. Si me fijo en ésta, es por una nota que lleva al final, donde se advierte que la *Oda á Cervantes* fué nada menos que *llave de oro* que abrió al respetable magistrado Sr. Sánchez de Fuentes las puertas de la Real Academia Española. Y en Dios y en mi ánima juro que la llave no es sino de plomo, como verá todo el que la tome en las manos.

.....

Arrullos, por Eugenio Sánchez de Fuentes. Puerto Rico, 1870.

También logró distinciones esta colección de poesías: es *texto forzoso de lectura en verso para las escuelas de instrucción primaria elemental y superior*. ¡Maldito texto forzoso! A no ser por él, yo no necesitaría decir que los *Arrullos*, si revelan sentimientos paternales muy simpáticos, son versos bastante descuidados y flojos, impropios para servir de modelo á los alumnos é infundirles justo cariño á la lengua y poesía castellanas.

